

Palabras escogidas

Selección de textos

por: Diana Aguilar Cruz

¿Por qué escribo?

por: Diana Aguilar

Las razones se hallan en una lista de múltiples razones e incontables fracasos, escribo porque no sé bailar tango, porque no se tocar el piano, porque soy mala con los números, porque no sé escalar montañas, ni hacer muebles, porque no sé jugar video juegos, ni descifrar códigos secretos, porque así evito escuchar a la gente, (y a su vez ellos piensan que soy intelectual), porque no tengo dinero y es más barato escribir un cuento que comprar un libro. Justificaciones para escribir son muchas, pero pese a ser un talento reservado, es algo que me maravilla.

¿Por qué escribo? Los motivos son innumerables, razones que ni yo mismo comprendo. Escribir representa para mí, un encuentro conmigo, con mi propio monstruo del closet, con las telarañas de mi mente, escribir me permite reflexionar sobre mi pasado y mi presente. Escribir permite que la sinapsis de mis neuronas sea más correcta escribiendo que hablando.

*

Escribo porque las voces en mi cabeza (que no se controlan con diacepam) piden salir y verse materializadas en un trozo de esta realidad.

**

Escribo porque mis dedos tienen un enamoramiento incomprensible con el teclado y una que otra aventura con la pluma y el papel; porque creo en la libertad y el poder de la palabra.

Escribo para recordar y descoleralizar mis pensamientos, para encender el fuego bajo la lluvia y caminar sobre las nubes, para que lo imposible sea solo una palabra y trascienda en la historia.

Escribo porque es un un ejercicio que, más que gustarme, me apasiona, me complica la existencia, me causa adicción, dolor y felicidad al mismo tiempo.

Escribo, escribo, solo escribo.

Obituario: Historias estrelladas

por: Diana Aguilar

Ayer por la mañana Diana, era una enfermera, que laboraba en uno de los hospitales al sur de la ciudad y por las tardes una estudiante de la Escuela Mexicana de Escritores. Su vida era ordinariamente simple. Solo en sueños imaginaría que podría paralizar a la ciudad entera.

Hasta la mañana de ayer, cuando un suicida identificado como Manuel Mondragón de 33 años, salto de un puente peatonal sobre periférico, preciso momento en que Diana se dirigía hacia su trabajo, Manuel cayo sobre el automóvil de Diana.

El accidente paralizó la ciudad por más de una hora, por lo menos cuatro vehículos más sufrieron daños leves. Ambulancias de la Cruz Roja y el Escuadrón de Rescate y Urgencias Médicas (ERUM), informaron que no había lesionados graves, el único remitido a el Hospital General Xoco fue el Sr. Manuel Mondragón, actualmente se encuentra estable, mientras que la Srita. Diana falleció instantáneamente en el lugar de los hechos, tardaron más de media hora en sacar el cuerpo del vehículo, su cuerpo había quedado atorado entre el volante y el asiento del conductor. El cuerpo fue enviado a el Servicio Médico Forence (SEMEFO), en donde sus familiares acudieron a reconocerle.

“Diana era una mujer de costumbres raras y hábitos obsesivos”, así la describen sus compañeros de trabajo, de sus amigos se puede decir poco, no se le conocían demasiados, solo uno de ellos, quien prefirió mantenerse en el anonimato dijo: “Diana

tenía pocos conocidos, era como un fantasma, pocas veces se dejaba ver, pero sabías que estaba ahí”.

Pocas personas sabían sobre su deseo de ser escritora. Su familia se limitó a guardar silencio, sobre esos detalles, desconocidos para ellos, solo anunciaron que su cremación sería el día de hoy a las 12:30 hrs. al centro de la ciudad.

Dentro del vehículo, se encontraron varios libros, algunos discos y un manuscrito titulado “*Sobre el mal*”, su novio lo ha reclamado y lo ha enviado a varias editoriales en espera de que sea publicado como un homenaje.

Carta de un suicida

por Diana Aguilar

Después del accidente el Sr. Manuel Mondragón, escribió una carta dirigida a la conductora del vehículo en el que cayó y frustró su suicidio.

“Estimada Diana:

Lamento haberle destruido su coche y sobre lamento haberle causado su muerte, pero créame que yo solo deseaba caer sobre el pavimento y terminar con mi vida. Vida, que gracias a usted, continua martirizandome más y más, con las deudas que tengo y con las que ahora se acumulan por los gastos médicos.

Gracias por contribuir a la ruina de mi vida, gracias por ser de las personas que continuó pisoteandome hasta quitarme mi plan de muerte, porque era mío y no suyo. Ojalá que ahora donde este, sienta lo que es ser pasado por alto.

Atentamente: Manuel”

Reencarnación

por: Diana Aguilar

Si existiera la reencarnación, sin duda yo sería un felino, pero no uno de esos que se pasea en la pradera cazando, tomando largas siestas bajo la sombra de un árbol a 40°C. Sería sin duda, una gata doméstica, no de clase, ni con pedigree, siendo un felino normal, no se requiere de mayor elegancia pues sería exagerada.

Dentro de las cualidades felinas que me gustaría exaltar, sería esa de ser ermitaña, disfrutando de largos paseos por los tejados, atravesando jardines, trepando árboles, asechando lagartijas, pajaros y roedores, sintiéndome en plena y absoluta libertad de vivir, con la seguridad de poder saciar todas mis necesidades: si necesito compañía, podría ir con los gatos de la esquina, ¿afecto?, seguro buscaría una familia que me acariciaría y mimaría por largas horas, seguro tendría alimento y casa.

Y así como todos los gatos caseros, llevaría una de mis siete vidas tranquila, de vez en cuando me gustaría sentir la adrenalina de salir en persecución de alguna pelea callejera, molestaría a los perros o practicaría deportes más sofisticados y tradicionales como la caza de ratones, estoy segura de que sería una muy buena cazadora de roedores y aves en vuelo, para ofrecer un buen tributo a mis dueños.

Los felinos en general, como símbolos de inteligencia, poder, astucia y elegancia, son los mejores aliados y los máximos enemigos, no solo por su mente brillante manipuladora, sino por la fuerza espiritual que representan en diferentes culturas.

Sin duda, si existiera la reencarnación sería una gato.

La pasión

por: Diana Aguilar

Aquello que te domina, que te transporta y te llena de energía, lo que hace que el brillo de tus ojos y la magia de tus palabras se desprendan para dar existencia a eso que te hace sentir satisfecho, pleno, feliz, eso, sin duda es la pasión.

El sentimiento que te somete como el verdugo, pero sin dolor y ni temor a la ansiedad que provoca lo subterráneo; es la fuerza en el potro recién nacido y que a menos de cinco minutos, impulsa a caminar y querer trotar, el valor de un acento en la palabra precisa, en el momento correcto, dos cuerpos unidos por amor, la impresionante fuerza que te domina, aquella sobre la que no se posee mayor control, el arrebatado del enojo al fracaso, el sufrimiento al despedirse para siempre de la persona amada, la sed de búsqueda, el prurito de la incertidumbre que no deja dormir, la avidez de los dedos sobre el teclado frente al computador, las horas más de vida y menos de sueño, el sueño realizado, el enardecimiento nacido en medio del silencio, eso, sin duda es la pasión.

No confundir con el valor del cobarde, que implica instinto de supervivencia, ni con la verdad el mentiroso que se olvida de una realidad consistente. La pasión surge desde las llamas del corazón, esas que prenden el carbón de la piel, hierven la sangre y mueven cualquier montaña para obtener lo deseado.

El otro

Por: Diana Aguilar

¿Quién es el otro y por qué da tanto miedo?

Mirándome al espejo me desconozco, miro de perfil a la mujer que esta frente a mi, esa que me critica. Sus ojos se parecen a los míos, pero su mirada es fría como el espejo, penetrante, oscura. Su cabello perfectamente acomodado me sombra, sus labios delgados y rosas, esconden una sonrisa sencilla, disimulada, ¿interesada?, ¿malévola?...

Sus movimientos me imponen, se mueve a mi ritmo, cierra los ojos y yo los cierro también, espero no encontrarla de nuevo, vuelvo a mirar, ahí esta, me observa, me busca, sigue mi pensamiento, se siente superior y aunque aveces me convengo de que no existe, la mayor parte del tiempo ella gana y juega a ser yo en el otro mundo paralelo, trabaja con mis compañeros, les hace bromas, planea y ejecuta, aveces muchos mejor que yo, se queda de ver con mis amigos para ir al cine, platica con ellos, se encuentra con mi novio y le hace el amor, me hace desaparecer y yo me voy, me desconecto, cuando al fin nos volvemos a cruzar en el espejo, platicamos, sin amenazas, ni juegos, nos contemplamos y volvemos a ser una. Al anochecer soñamos, ella busca mis peores pesadillas y me hace revivirlas, yo busco mis anhelos y ella los esconde. Juega con mi mente, con mi vida.

Así es todos los días, desde que inicia el día, desde que comenzamos a vivir juntas, de cuándo comenzó, no lo podría decir, ni lo sabría explicar, solo sé que nos miramos y nos odiamos, y nos queremos todos los días, a todas horas, cada día, cada año, nos seguimos.

La belleza del mal

Por: Diana Aguilar

Contemplar la salida del sol por la mañana, es igual de hermoso que mirar el último respiro de un cuerpo pálido y marmoreo, escenarios coloridos y parecidos, quizás uno más obscuro que otro pero, ¿Qué hay de diferencia entre la obscuridad y la ceguera de la luz? En ambos casos no podemos ver .

Por condición y/o por tradición humana, ahora ya tan natural se nos ha enseñado a admirar la belleza con cierto estereotipo, a definir y diferenciar las cosas de aquello que es bello, de aquel otro, que deja de serlo, para convertirse en lo desagradable, en lo incomodo, ominoso, en lo feo.

Referirnos a estos términos, nos llevan a la definición de esas dos contradicciones, complementarias (porque sin una, no existiría la otra), a las definiciones tan profundas como la filosofía de la propia vida y muerte, a pensar en Eros y Tanatos.

Esta apreciación de la obscuridad, de la sombra, no es más que una de las necesidades humanas para poder identificar y ratificar el amor hacia la vida, la belleza del mal, no consiste en el amor a la crueldad y el culto a situaciones ominosas, se trata más bien de admirar la escena, de presenciar y respirar cada detalle del momento, saborear cada color y sus combinaciones, permitirnos asombrar por la armonía momentánea de eso, que no pareciera lo correcto ante la sociedad o ante otros.

Baudelaire realizó lo mismo, busco experimentar con aquello que solo se mira de lado, que no se hace porque esta mal, Charles Baudelaire fue el poeta que marco y

rompió una generación de artistas que apreciaban el mundo en su unilente rosa, Baudelaire nos envolvió en la exquisitez de sus palabras para dejarnos admirar por la cotidianidad de lo ominoso. Adentrarnos en la selva oscura de sus versos, nos embelese de ese humor ácido y dulce de una armonía inexplicable y sensitiva.

María

por: Diana Aguilar

Nació mujer sin decidirlo, las células se conjuntaron en un baile secreto y sagrado, dando como resultado: dos espantosas equis. Hoy en día, representadas comúnmente por un círculo y una cruz, una cruz que simboliza a la diosa Venus, representante de bajas pulsiones: amor, belleza y fertilidad.

Creció en un mundo, creado por hombres que dominan y mujeres que aceptan, bajo ciertas normas de comportamiento apropiadas para una señorita, que se convertiría en una mujer de bien y soportaría toda la carga hereditaria del género, relacionado ya, con la maldad, desde siglos atrás. Primero, por una tal Lilith, que no hizo más que exaltar algunas de aquellas cualidades que los hombres no poseen y cuestionar la autoridad de un ser, que al ver su desafío e irreverencia, la condenó eternamente con la mancha de la sangre, el pecado y la culpa; dando como resultado el dolor y sufrimiento eternos, consecuentes en toda su especie. De ahí, le sobrevinieron una lista interminable de mujeres, que dejaron por el camino una serie de transformaciones para aprender del eterno castigo, por ser naturaleza salvaje.

María era su nombre, herencia irrefutable del gen X, que le había dado la mitad de su existencia. Cuando nació, murió su madre, una mujer ejemplar que hubiese renunciado hasta su propia vida por el bien de la familia, siempre serena y sonriente, se mostraba amable, dispuesta a sacrificar cualquier comodidad para asegurar el bienestar de los demás. El pueblo sin duda, sentía un gran pena al saber de su muerte, el mundo había

perdido luz con su partida, algunos se consolaban pensando que tenían la alegría de la menos poder contar con su pequeña María. Lo que no sabían, era que su llegada traería consigo el silencio.

María por otro lado, había sido siempre una niña alborotadora del camino recto de las hormigas, díscola con la comida y sobre todo con la cocina, sediciosa en labores domésticas y perezosa para atender a su padre. No seguía las buenas costumbres de la familia, los domingos en lugar de ir a misa, María gustaba de salir a dar largos paseos sin rumbo, paseos guiados por su olfato y curiosidad, muchas veces se le hacía de noche, se perdía, tardaban varias horas en encontrarla.

Pocas veces mostraba interés en algo, siempre se sentaba en el columpio del parque, donde contemplaba el vaivén del mundo, ese mundo al que se sentía ajena, ese mundo que la señalaba como la culpable de la muerte de la muerte de su madre. Nadie lo decía, pero ella lo sabía cada vez que se encontraba con su madre en el espejo. Lo notaba en los comentarios de los adultos queplaticaban de lejos mirándola, en las charlas amenas de su padre y su abuela en la cocina, conversaciones que siempre fueron interrumpidas con su presencia.

De lo único de lo que se enorgullecía María, era de sus ojos. Aquellos ojos negros y redondos, esos que solo se iluminaban como el fuego, cuando contemplaba la separación celular de las lombrices y su danza de muerte. Le parecía que nunca había visto baile más provocativo, que aquel que se esforzaba por conservar la vida. Al mirar esta escena repetida sobre la tierra húmeda, pensaba en su madre agonizante durante el parto, se sentía atraída y culpable por la idea de aquellas células, que en un momento lo compartían todo y después, guiadas por un impulso primitivo, se destinaban a separarse para siempre. María pasaba sus horas, días, meses en el jardín, rodeada de plantas e

insectos, que aprendió a comer con sazón al alejarse de la comida preparada por la abuela.

Llegada su adolescencia María se percibía como un agente externo del medio que le rodeaba, que cada vez le era más indiferente. Para su padre la actitud de su hija era cosa del diablo, paseaba solitaria, podía estar sin comer por días completos, se la pasaba platicando con personas que nunca se veían, pero cuando su abuela o su padre la llamaban, ella simplemente no hablaba y si lo hacía era como si fuera en otro idioma, no se sentía digna de formar parte de aquella familia que había perdido a una mujer invaluable como su madre y a cambio, haberse quedado con ella.

Su padre y su abuela, guiado por los comentarios multitudinarios, la llevaron en varias ocasiones con el párroco de la iglesia a que le hiciera un exorcismo, el párroco decía que lo que tenía María era el alma contaminada de un espíritu demoníaco que no le dejaba apreciar el mundo, por lo que fue necesario encerrarla, dejarla salir a pasear ya no era algo permitido. María dejó de pasar sus días en el jardín, a estar enjaulada en cuarto más recóndito de la casa, acompañada por los gatos de los tejado. El párroco hacía visitas periódicas, en varias ocasiones acudió con ayuda de varios seminaristas para practicarle un exorcismo, un rito que no funcionó, pues no logró borrar las costumbres ya tan propias de María, que conforme pasaba el tiempo, iba cobrando efectos en su cuerpo: su cabello era ya solo un mechón de telarañas sobre la cabeza, sus manos rosadas, ahora eran cobrizas, de la sangre seca que precedía de la caída de las uñas, lo que no cambio fueron sus ojos, cada día parecían más grandes e hipnóticos.

Nunca nadie supo cómo los gatos se enteraron que estaba en el cobertizo, ni nunca nadie se cuestionó cómo fue que los domesticó, pero lo hizo tan bien, que el día de su

muerte, los propios gatos se tendieron ante ella como en un funeral. María murió, llevándose la herencia impugnada por el gen X de sus predecesoras, el gen de la maldad.

Eva

por: Diana Aguilar

Sus ojos se cerraron casi de inmediato. Había sido un día cansado, fueron muchas horas perdidas en la obscuridad de las montañas y la carretera. La noche se sentía tranquila, húmeda y calurosa. En el balcón se escuchaba la sinfonía de los grillos y el camino repetitivo del agua por la fuente.

Eran casi las dos de la mañana cuando el sonido del viento, que acarició las hojas del árbol junto a la ventana, imperó sobre la noche. Ella despertó, abrió los ojos. Sin levantarse de la cama y sin siquiera mirar de reojo, la sintió. Sabía que Eva estaba ahí. Por un momento pensó haberla dejado olvidada en la ciudad. Pero no era cierto, apretó los ojos, no quería ni moverse, sabía que cualquier movimiento la delataría. Solo miraba sobre la pared, la sombra de la silueta de Eva y el movimiento de la brisa que hacía al moverse de un lado a otro, incitaba al baile a las flores del balcón.

A su lado, sentía a Miguel dormido plácidamente, su respiración era pausada y tibia pero, por más que apretaba sus ojos y llevaba sus pensamientos hacia bellos recuerdos, no podía dejar de sentir el enojo de Eva. Quieta, sin querer moverse sentía como el miedo se encarnaba en ella: su sudor empapaba las sábanas, sus piernas se ponían duras, ambivalentes entre el estado de la piedra y la gelatina, su corazón parecía tambor, su respiración era casi jadeante, le faltaba el aire, sus manos apretaron fuerte la cruz de oro en su pecho, trataba de recordar una oración que su madre le había enseñado y que ella se había empeñado tanto en olvidarse.

Afuera Eva se movía rápidamente por el balcón, parecía como si pudiese torear el viento que azotaba la ventana; su presencia era fuerte, vivaz. A la luz de la luna fue tomando más forma. Desde adentro, ella advertía sus movimientos, Eva con su vestido blanco, un blanco tan pulcro que era infernal, su cabello largo y oscuro como sus ojos, como la noche, como esa noche. El largo de los rizos era igual de inquietante que su baile provocativo con el viento, en cada giro se notaba su deseo desesperado por entrar a la habitación. Quería entrar de un golpe, lanzar los trozos de vidrio sobre la cama y cortarla, hasta teñir de rojo las sábanas, mirar como se quedaba dormida, hasta perderse y sumirse en el sueño de Tánatos.

Adentro, ella se encontraba temerosa de enfrentarla, sabía que tenía que hacerlo, que no habría en definitiva alguna otra forma de seguir adelante. Pensando en ello, se animaba a abrir los ojos, pero su garganta no alcanzó más que a desgarrarse en un sonido incomprensible, que despertó a cualquier victimario del cansancio cotidiano. Miguel despertó de un salto, giro buscándola a su lado, pero no estaba, se hallaba en el balcón sentada, cantando versos sin sentido, con su vestido blanco y el cabello suelto, mirando la luna.

Magdalena

por: Diana Aguilar

Magdalena era una joven, que recién aprendía las obligaciones morales de toda mujer, cuando fue víctima de un incontrolable deseo fraternal, que borro la sonrisa de su suave carácter, nubló el brillo de sus ojos y los lleno de lluvia.

Martín había salido de Magdalena a las 33 semanas de concepción, en un rincón de la vieja casa donde quedaba un pedazo de petate; flácido y pequeño, negro como el barro y débil como los últimos rayos de sol, dio sus primeros quejidos. Después de eso, Magdalena vivió poco tiempo en casa de su madre, su padre, le dio una casita de adobe con láminas de cartón, a las afueras del pueblo y dinero suficiente para no preocuparse por un tiempo.

Al principio se sintió asustada, sola, Martín comenzó a enfermarse, el doctor que le revisaba le había determinado una extraña condición, un síndrome inespecífico, que le caracterizaba por no envejecer, crecer más allá de lo que se pudiera esperar, además de de otras condiciones que se podrían complicar en su vida.

Martín crecía y los rumores detrás su Magdalena los acompañaban a donde fueran, pese a todo lo que se dijera, Magdalena se sentía orgullosa de su hijo, parecía niña con juguete recién comprado. Martín aunque parecía débil pocas veces se enfermó. A los 7 años tenía la estatura de un niño de 10, su cuerpo era incontrolable y avergonzado por ello abandonó la escuela, pasaba el día entero en su casa, no le gustaba salir a la calle, se sentía observado.

Magdalena dedico su vida entera a Martín, se levantaba temprano para ordeñar una vaca flaca que compró y así cuando menos tener un jarro de leche y queso en la mesa, desde temprano molía el maíz para hacer tortitas de frijol que vendía en el mercado. Hasta aquí las cosas no eran tan malas, excepto por las noches frías y solitarias, alejada de su familia, se soltaba a lloraba desconsolada, aun no alcanzaba a comprender cuál había sido su error, cuál haba sido su gran pecado, como para haber sido así castigada, y despreciada por su familia. Sus ojos se nublaban en agua salada cuando se sentaba a media noche, a la luz de las estrellas, deseando con la fuerza del mismo amor que sentía por Martín, que Martín jamás hubiese nacido, que no tuviese que cargar todos los días con el recuerdo de aquella tarde soleada en que estaba jugando en río, su hermano y sus amigos intoxicados de naturaleza muerta, la dejaron ahí entre los matorrales, desnuda sobre la tierra carmín, con la semilla enferma de Martín.

Una mañana las cosas parecían peor, Martín estaba gritando y sollozando, al ponerse de pie, se rompió una pierna y la cadera, Magdalena que estaba afuera, corrió a la casa y al mirar a Martín en el suelo con las piernas torcidas como trapo, conjunto todas sus fuerzas para levantarlo a gritos sobre la cama. No había mucho que hacer, el doctor estaba lejos y Martín no podía caminar, así que con esas manos ásperas y duras, Magdalena hizo una silla de ruedas, desarmando una bicicleta y juntando una silla de madera.

Desde entonces Martín lo sintió. Sintió la profunda tristeza de su madre, con la que había construido la silla de ruedas y lo había criado durante toda su vida. Nunca había pensado sobre el inmenso sacrificio que significaba para su madre el cuidarlo y ahora con las piernas que no le funcionaban menos, no podía mover a otros lados, la silla se había vuelto en una especie de extensión para su cuerpo.

La tarde en que le llegó la noticia, era muy parecida a aquella junto al río. Magdalena estaba lavando la ropa, sintiéndose impura por los pensamientos sobre Martín. Era otoño, los ojos nublados de Magdalena por primera vez ya no escurrían agua, las palabras de los vecinos habían sido lanzadas al viento, y ella no alcanzaba a comprender lo ocurrido. Martín estaba muerto y ella al fin había cumplido.

El laberinto de Creta

por: Diana Aguilar

“-¿Lo creeras, Ariadna? -dijo Teseo-. El minotauro apenas se defendió.”

Es ya conocido, que la creación del laberinto de Creta, fue realizado bajo las órdenes del Rey Minos, para ocultar a una especie de bestia mitad hombre, mitad toro, nacido de su esposa Pasíface, como un castigo lanzado de Poseidon a Minos por el incumplimiento de su palabra, ya que Minos le había pedido ayuda a Poseidon para incrementar su poder y gloria, Poseidon le ayudó sacado un toro hermoso del mal, que debería de haber sido sacrificado a su nombre, sin embargo Minos se quedó admirado por la belleza del animal y decidió conservarlo y fue así que Poseidon lanzó su castigo. El Minotauro tenía otra sorpresa para Minos, pues solo se alimentaba de carne humana, al ser encerrado en el laberinto creado por Dédalo, se le enviaban cada 9 años a siete hombres y siete mujeres vírgenes.

El cuento de Borges “La casa de Asterión” nos narra la perspectiva del Minotauro en su casa, en este laberinto que llama hogar y prisión al mismo tiempo, en el cuento ser nos hace notar la inconsolable tristeza y soledad del Minotauro al vivir.

Sin duda, este es uno de mis mitos favoritos por la riqueza de sus significados, en donde el laberinto representa la complejidad mental de cada humano, las trampas que le tiende la mente para tratar de conseguir lo que anhela; pensamiento que me lleva a pensar que todos somos presos de nuestros deseos, presos en jaulas invisibles como el Minotauro, llenos de soledad y vacío, aunque sepamos cuál es la salida a la jaula no nos atrevemos a cruzarla; rechazando toda posibilidad a la comunicación e interacción humana.

Hoy en día nuestros laberintos y jaulas aparentan ser más sofisticadas, por el uso de tecnología y costo, sin percatarnos que son exactamente igual de complejas y primitivas que hace 2000 años, la salida para alguno es la muerte como lo fue para el propio Minotauro que el ser enfrentado por Teseo no puso resistencia para ser asesinado, tal era su desconsuelo que prefirió morir, que continuar en su laberinto.

Michel Foucault,

Su vida y su obra...

Por: Diana Aguilar

Escribir después de leer a un genio como Foucault es deprimente, sin duda, no existiría ya originalidad o intelectualidad en mis textos. Michel a mi edad ya tenía publicados cuando menos su primer libro y varios textos, a los 22 ya había terminado la carrera de Filosofía, a los 24, Psicología y a los 26 estaba terminando su especialidad en Psicopatología, trabajando en su tesis doctoral que causaría gran controversia y con la que sin duda sería reconocido en toda Europa. Yo por otro lado, a mis 26, no he logrado gran cosa, más que un solo título universitario y un mantener un gato.

Su mente inquieta y la agilidad de sus dedos, le llevaron a escribir críticas fuertes sobre el origen de las verdades, el poder, el saber, la subjetividad, la medicina, la psiquiatría y el sistema penal de su época; su amplio y doloroso panorama político-social le permitió desenvolverse en múltiples causas, pues fue enmarcado por la Segunda Guerra Mundial, la Revolución Francesa, y por personalidades como: Jean Paul Sartre, James Lacan, Claude Lévi-Strauss y Roland Barthes; sin contar claro esta, con la continua problemática familiar.

Michel precedía de una importante y colocada familia de cirujanos, su padre, al igual que el resto de la sociedad esperaba que siguiese los pasos de sus antecesores, pero no fue así, a los 17 años se reveló y decidió encaminar sus estudios a otros lados.

Para todo aquel que en alguna ocasión, nos hemos revelado en contra el deseo paterno, sabemos que el camino no es sencillo, durante su adolescencia presentó varios problemas y no solo con las matemáticas, sino con las feromonas masculinas, dicho sentimiento, le causo tal miedo, que le llevaba a varios periodos depresivos, incluso con intento de suicidio; sus padres lo sometieron a un estricto régimen psicoanalista, en donde no solo se re-encontró consigo, sino que le llevo a interesarse por aquello que sin duda generaría cambios hasta nuestros días; fue entonces el Psicoanálisis una fuente de inspiración para continuar estudiando el comportamiento humano, escribiendo acerca de las enfermedades mentales y trastornos de personalidad.

Durante este tiempo se obsesionó con la psiquiatría, devoró libros de Freud y Kinsey, se interesó por definir lo normal de lo anormal, y cómo el saber transformaba realidades, aun sobre los seres humanos, descubrió la composición de la sociedad y el desenvolvimiento del individuo, cómo definición propia de su existencia.

Una de sus mayores aportaciones es sin duda, la forma en que describe la relación entre el saber y el poder, en donde realiza una comparación del funcionamiento de un hospital psiquiátrico con la sociedad, definiendo verdades, que no son más que acuerdos entre uno o más personas, dándoles a sí, fuerza (no solo física), si no la del poder, la del derecho de definir a otros seres humanos.

El propio Foucault definió su obra, en tres etapas:

a) Etapa Arqueológica: Designada así por se un periodo en que se analiza la experiencia al rededor de la locura, el poder del conocimiento y la crítica hacia la enseñanza de la medicina y psiquiatría; pero no solo realizaba crítica, tomaba armas para proponer un enseñanza práctica y constructiva, que hoy en día se mantiene vigente.

b) Etapa Genealógica/Antológica: Un tiempo de reencuentro, de evaluación, el saber ¿Quién soy y cómo cambio al mundo?, un tiempo de definición y orden, tomando escenas de la vida cotidiana y el análisis del lenguaje.

c) La verdad del saber: El hombre como objeto y sujeto de estudio, el reconocimiento de su pasión y debilidad, obras encaminadas a renovar lo dicho por Freud, obras últimas que no fueron terminadas.

Junio de 1984, Foucault como un filósofo y hombre contemporáneo muere de manera espontánea y también contemporánea por una enfermedad aun desconocida entonces, dos años después llamada Virus de Inmunodeficiencia Humana, dejando en síndrome sus obras últimas sobre la identidad sexual, las cuales fueron publicadas más tarde.

Sus estudios fueron extensos, de temáticas variantes, hoy en día sus libros se encuentran en clasificaciones múltiples de los estantes de las librerías. Michel Foucault fue un analista de ideas, un pensador insurrecto, un genio del lenguaje.